

**HISTORIA DE UN
MATRIMONIO**
**ANDREW SEAN
GREER**



Annotation

Pearlie Cook inicia el relato de su vida con una sinuosa y devastadora exploración del misterio que encierra toda relación íntima. Estamos en 1953, y la joven Pearlie vive en San Francisco, en una apartada y neblinosa zona residencial junto al océano. Allí, cuida celosamente de su hijo y de su apuesto marido, Holland, de salud delicada desde que volvió de la guerra. Para protegerlo de sobresaltos innecesarios, Pearlie suaviza el sonido de los timbres de la puerta y el teléfono, y elimina del periódico las noticias desagradables. La vida familiar transcurre con placidez y armonía hasta que, una mañana, un desconocido aparece en la puerta de su casa, y todo cambia.

Andrew Sean Greer

HISTORIA DE UN MATRIMONIO

Traducción del inglés de
Ana M^a de la Fuente

salamandra

Título original: *The Story of a Marriage*

Ilustración de la cubierta: Mohamad Itani / Trevillion Images

Copyright © Andrew Sean Greer, 2008
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2009

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª — 08018 Barcelona — Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-247-1
Depósito legal: B-33.816-2010

1ª edición, octubre de 2009
3ª edición, septiembre de 2010

para David Ross

Creemos conocer a quienes amamos.

Al marido, a la esposa. Los conocemos, somos ellos; a veces, por separado en una fiesta, nos sorprendemos expresando sus opiniones, sus preferencias respecto a comida o libros, contando una anécdota que no nos sucedió a nosotros sino a ellos. Observamos su manera característica de hablar, conducir y vestirse; cómo acercan el terrón de azúcar al café y lo ven pasar de blanco a marrón y entonces, satisfechos, lo dejan caer en la taza. Observaba cómo mi marido hacía eso mismo todas las mañanas; era una esposa atenta.

Creemos conocerlos. Y amarlos. Pero lo que amamos resulta ser una mala traducción, una traducción hecha por nosotros mismos de un idioma que apenas dominamos. Con ella tratamos de llegar al original, aunque jamás lo conseguimos. Lo hemos visto todo. Pero ¿qué hemos entendido de verdad?

Una mañana despertamos. Junto a nosotros duerme ese cuerpo familiar: en cierto modo, un desconocido. A mí me ocurrió en 1953, el día que vi en mi casa a una criatura que, por una especie de hechizo, de mi marido sólo conservaba la cara.

Será, quizá, que un matrimonio no puede verse. Que es como esos grandes cuerpos celestes, invisibles al ojo humano y que sólo se localizan por su gravedad, por la atracción que ejercen en todo lo que les rodea. Así lo imagino. Y me digo que he de mirar cuanto hay alrededor, las historias ocultas, las partes que no se ven, para que al fin se revele lo que se halla en el centro, gravitando como una estrella oscura.

Ni siquiera es fácil explicar cómo conocí a mi marido. En realidad, nos conocimos dos veces: la primera en nuestro pueblo de Kentucky, y la segunda en una playa de San Francisco. Una humorada a lo largo de todo nuestro matrimonio, que fuimos desconocidos dos veces.

Era poco más que una niña cuando me enamoré de Holland Cook. Ambos crecimos en una población agraria donde abundaban los chicos de quienes enamorarte. A aquella edad, yo era como esas ranas del Amazonas de un verde brillante: rezumaba sensibilidad por todos los poros, pero aun así nadie se fijaba en mí. Otras chicas tenían pretendientes, pero, aunque me peinara como ellas y me adornara los vestidos con puntillas arrancadas a prendas del desván, en mi caso todo era inútil. Sentía la piel como un vestido estrecho; me veía larguirucha y desgarrada y, como nadie me decía que era bonita —ni mi madre ni mi padre, a quien nada de lo que hiciera le parecía bien—, suponía que era fea.

De modo que cuando apareció un chico que me miraba a los ojos, me acompañaba a la salida de la escuela y al llegar a mi casa se invitaba a tomar un refrigerio, no supe qué pensar. Deduje que pretendía algo. No sé por qué, se me ocurrió que intentaba que lo ayudara con los estudios, así que procuraba esconder las libretas y no sentarme a su lado en clase; no quería que me utilizara de falsilla. Pero no se trataba de eso, desde luego, porque era un buen estudiante. No explicaba qué quería; en realidad, nunca lo dijo, pero no se juzga a un hombre por lo que dice sino por lo que hace, y una noche de mayo clara y despejada, al pasar junto al campo de fresas, me tomó de la mano y no me soltó hasta que llegamos a Childress. Eso había bastado, sólo un leve roce, en aquel tiempo en que mi sensibilidad estaba a flor de piel, como un encaje. Naturalmente, me enamoré.

Salía con Holland cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Le gustaba que yo hablara «como un libro» y no

como las otras chicas. Cuando tuvo que incorporarse al ejército, lo vi subir a aquel autobús que lo llevaba a la guerra, con una profunda pena que una chica tan joven como yo debía sobrellevar en solitario.

No se me había ocurrido que también podía marcharme, hasta que un enviado del gobierno apareció en casa preguntando por mí. Bajé corriendo, con mi descolorido vestido de tirantes, y me encontré frente a un hombre de cara colorada con una insignia dorada de la Estatua de la Libertad en la solapa que me encantó. Aquel hombre se llamaba Pinker. Era la clase de persona a quien se supone que uno debe obedecer. Habló de empleos en California, de que la industria necesitaba mujeres fuertes como yo. Sus palabras eran como desgarros en una cortina que revelaban un mundo que no había imaginado hasta entonces: aviones, California... como una oportunidad de viajar a otro planeta.

—Bueno, si quieres agradeceréme, puedes hacerme un favor —dijo cuando le di las gracias.

Para mi mentalidad juvenil, aquello no parecía salirse de lo corriente.

—¡Vaya, es la primera idea brillante que se te ha ocurrido en la vida! —exclamó mi padre cuando anuncié que me iba. No recuerdo otro momento en que me mirara a los ojos tanto tiempo como aquel día. Preparé las maletas y nunca volví a Kentucky.

En el autobús que me llevaba a California, contemplé las montañas que ascendían hasta una franja de nubes y, detrás, otras montañas, más altas todavía, que parecían descansar sobre las formaciones nubosas. Jamás había visto algo así. Era como si siempre el mundo hubiera estado encantado y nadie me lo hubiera dicho.

El favor que el hombre me había pedido era muy simple: quería que escribiera acerca de las otras chicas del astillero y la fábrica de aviones, de conversaciones que oyera, de la rutina diaria: qué comíamos, qué ropa llevaban, qué

veía. Me daba risa pensar de qué podían servirle estas cosas, pero ahora he de reírme de mí misma: el gobierno intentaba descubrir actividades sospechosas, algo que ese hombre no me dijo. Sólo pidió que fingiera escribir un diario. Cumplí con mi deber; y seguí obedeciendo cuando dejé mi primer empleo para convertirme en una WAVE, voluntaria para Servicios de Emergencia, con un puñado de otras chicas provenientes de comunidades como la mía, que nos aplicábamos Noxzema en los granos de la cara, movíamos las caderas al son de la radio y nos habituábamos a la Coca-Cola en lugar de al café de racionamiento y a la comida china en vez de a las hamburguesas. Noche tras noche me sentaba a escribirlo todo, pero me daba la sensación de que a mi vida le faltaba algo; no me parecía digna de ser contada. Al igual que tantas personas, hacía oídos sordos a mi propia historia. Y por eso la inventaba.

Mi existencia no me resultaba interesante, pero había leído libros que sí lo eran, y en mis escritos incluía detalles robados a Flaubert, Ford y Ferber, intrigas, desventuras y alegrías fugaces: una bonita obra de ficción para mi país, hilvanada con silencio y mentiras. Al parecer, esto es lo que mantiene unido un país. Así pues, hice bien mi trabajo. Escribía con la caligrafía clara y firme que me enseñara mi madre, firmando mis escritos con la P de Pearlie en forma de nudo corredizo que me inventé a los nueve años, y que enviaba al señor William Pinker, al número 62 de Holly Street, Washington, D.C.

¿Qué hiciste en la guerra, abuela? Mentir a mi país, fingiendo chismorrear acerca de las amigas. Estoy segura de que era sólo una entre muchos miles, de que aquello venía a ser un desahogo para corazones solitarios como el mío. Imagina el eslogan: «¡Haz de *finker* (soplona) para el señor Pinker!»

Cuando acabó la guerra, se terminó el trabajo para mujeres en las fábricas y también las auxiliares voluntarias. Hacía tiempo que había dejado de escribir notas para Was-

hington, pues tenía otras preocupaciones y la necesidad de ganarme la vida cosiendo a destajo. Un día, mientras paseaba por la orilla, vi a un marino sentado en un banco, con un libro abierto boca abajo en el regazo, contemplando el agua.

Sabía muy poco de los hombres, y me sorprendió ver tanta desolación en aquella hermosa cara cuadrada. Lo reconocí: era el chico que me tomara de la mano camino de Childress, el que había estado enamorado de mí, aunque fuera fugazmente. Holland Cook.

Lo saludé.

—Vaya, hola, Sara. ¿Cómo está el perro? —me dijo afablemente. El viento dejó de soplar, como si al igual que Holland tampoco me reconociera. No me llamo Sara.

Nos quedamos callados por un instante, en la tarde nacarada, mientras su sonrisa iba borrándose, y yo me alzaba la solapa del abrigo, el viento tiraba de mi pañuelo de colores y notaba un vacío en el estómago. Habría podido seguir andando, alejarme, y él no habría sabido quién era. Una desconocida que se desvanecía en la niebla.

Pero, en lugar de marcharme, pronuncié mi nombre.

Entonces me reconociste, ¿verdad, Holland? Pearlie, tu novia de la infancia, la que te leía poesías, a quien tu madre daba clases de piano. Aquélla fue la segunda vez que nos conocimos. Un recuerdo del hogar que se abre de repente, como esos libros de cuentos con ilustración sorpresa desplegable. Estuvimos charlando un rato y hasta me hizo reír, y cuando dije que no tenía con quién ir al cine el viernes y pregunté si querría acompañarme, tras un breve silencio me miró y contestó suavemente:

—De acuerdo.

Su aspecto me asustó cuando fue a recogerme a la pensión. A la luz de las débiles bombillas parecía extenuado, con el sombrero en la mano, la piel mate, el nudo de la elegante corbata un poco flojo. Años después, me aseguraba que no podía recordar lo que llevábamos puesto aquella

noche. ¿El vestido verde? No, Holland, el blanco de rosas negras estampadas; tengo la imagen enmarcada y colgada en la memoria, junto a la del empapelado de la habitación de nuestra luna de miel (guirnalda verde pálido). Pensé que quizá estaba borracho y temí que fuera a desmayarse, pero sonrió y me ofreció el brazo. Al salir del cine, me llevó a un bonito restaurante de North Beach. Durante la cena apenas comió o habló. Casi no me miraba, ni notaba las miradas que nos lanzaban los otros comensales; mantenía los ojos fijos en dos perros de hierro situados ante la chimenea apagada. Por eso, después de tomar el tranvía hasta mi esquina, cuando llegó el momento de la despedida, me sorprendió que de repente se volviera y me besara en la boca. Sentí una especie de descarga eléctrica de felicidad. Luego retrocedió un paso, un tanto jadeante, y se abrochó la chaqueta, dispuesto a marcharse.

—He de ver a un amigo —anunció secamente.

—Holland. —Me miró como si hubiera tirado de una cuerda—. Holland —repetí. Él esperó. Y entonces dije la frase justa, la única en mi vida—: Déjame cuidar de ti.

Su mirada fue penetrante, como si sus ojos hubieran despertado en aquel momento. ¿Pensó que quería recordarle nuestros tiempos de Kentucky, que, insidiosamente, lo amenazaba con el pasado? Se le marcó una arruga profunda entre las cejas.

—No me conoces —aseguró.

Repliqué que no importaba, pero en realidad quise decir que se equivocaba; lo conocía bien, desde que éramos niños en aquel asfixiante pueblo nuestro: la hierba detrás del patio del colegio, donde escarbábamos con un palo; el camino de Franklin a Childress, repleto de avellano de bruja, celidonia y bejuco de playa; el hielo que se deshacía en la jarra de la limonada de su madre. Un mundo perdido que sólo yo recordaba. Porque estábamos muy lejos del hogar, un hogar que ya no podríamos recuperar. ¿Quién podría conocerlo mejor que yo?

Actué por instinto. Lo único que quería era retenerlo allí, sobre los relucientes raíles del tranvía.

—Deja que cuide de ti otra vez.

—¿Hablas en serio?

—Holland, sabes que ningún otro chico me ha besado, sólo tú.

—No es verdad, son muchos años, Pearlie. Las cosas han cambiado.

—Yo no.

Entonces me agarró del hombro y me besó.

Dos meses después, junto a aquellos mismos raíles, susurró:

—Pearlie, necesito que te cases conmigo.

Y me recordó que yo nada sabía de su vida, y tenía razón, desde luego. A pesar de todo, me casé con él. No iba a dejarlo escapar, con lo guapo que era y lo que lo amaba.

Mi marido impresionaba por su atractivo. Alto, moreno, de sonrisa afable y sincera: poseía esa belleza natural que no ajan ni la fatiga ni la enfermedad, como una pieza de oro batido que, aunque la dobles o fundas, siempre será noble y hermosa. Así lo había visto desde niña, cuando lo observaba en clase. Y no era la única: todo el mundo lo veía del mismo modo.

La belleza es como una lente deformante. La suya era de las que provocan sonrisas y apretones de mano, que atrapan la mirada unos instantes más de lo habitual; una sonrisa y una cara que no se olvidan fácilmente. Hasta su manera de sostener el cigarrillo o inclinarse para atarse el zapato tenían cierta gracia masculina que hacían que uno deseara dibujarlo. Qué manera de vivir más distorsionada y desconcertante. Que la gente te ofrezca trabajos, que quiera acompañarte en su coche, que te invite a copas («Paga la casa, amigo»), que notes cómo cambia el ambiente cuando entras en un sitio. Sentirte observado en cualquier lugar.

Ser alguien a quien la gente ansia poseer y estar acostumbrado a esa sensación; ser deseado inmediata y constantemente, de tal manera que nunca llegas a saber qué deseas tú.

Y aquel hombre era mío. Si eso no es increíble...

¿Qué te hubiera dicho de mi marido en aquellos primeros tiempos de nuestro matrimonio? Sólo que poseía una bonita voz de barítono. Y que le gustaba el whisky solo. Que prestaría veinte dólares a un desconocido si le parecía buena persona. Y después, cuando tuvimos un hijo, que se preocupaba por la salud del bebé y llamaba al médico cuando algo nos inquietaba, y que enjabonaba cariñosamente las piernas de Sonny en la bañera, como si todo fuera muy bien. Siempre iba bien vestido y olía a cuero o madera, como tu chaqueta favorita o como un mueble caro y trabajado. Le gustaba fumar, pero no que lo vieran hacerlo —vestigio de su época de soldado—, y a veces lo encontraba apoyado en la puerta del patio de nuestra casa, con expresión solitaria, la mano derecha oculta y la izquierda a la vista, humeando: la misma postura inclinada de California en el mapa. Me daba un beso todas las mañanas, a las ocho, cuando se marchaba, y otro por la tarde, a las seis, cuando llegaba; trabajaba mucho para mantenernos y había estado a punto de dar la vida por su país. Era leal, honrado, un soldado: virtudes americanas. Todo esto es cierto, desde luego, pero quizá es sólo un reflejo del hombre real. Son simplemente las cosas que se graban en una lápida. Y que se pusieron en la suya.

Poco después de que nos prometiéramos, sus tías vinieron a verme a la pensión. En realidad, Alice y Beatrice no eran tías sino primas suyas, hermanas gemelas bastante mayores que, cuando él había llegado a San Francisco, se habían proclamado sus madres e instalado en su vida con la misma

utilidad de los gatos que se enroscan entre los pliegues de una cama deshecha.

Me llevaron a comer a un sitio elegante y me explicaron que, antes de casarme con Holland, debía saber ciertas cosas sobre él. Era un lugar bonito. Estábamos en una zona especial del comedor de unos grandes almacenes de Union Square —antes no nos habían dejado entrar en otros dos, buscando sitio—, situado en la cuarta planta. Un gran barco de colores navegaba sobre nuestras cabezas en un vitral. Por el salón circulaban los camareros, ancianos vestidos de esmoquin. Eran tiempos en que los grandes almacenes tenían galerías de arte y librerías que vendían o prestaban libros. Imagina una época en que podías pedir en préstamo un libro en Macy's. Era muy joven y me sentía intimidada en aquel salón claro y suntuoso, frente a dos mujeres ajadas que me miraban con expresión de extraña tristeza.

—Tenemos que hablarle de Holland —dijo una de ellas, no sé cuál, pues por entonces aún no las distinguía.

—Está enfermo —agregó la otra, asintiendo con la cabeza—. Estoy segura de que no se lo ha dicho.

—¿Enfermo?

Se miraron, pero yo era muy joven para entender el significado de aquella mirada.

—No tiene cura —aseguró Alice.

—Ha mejorado, pero no tiene cura —precisó la gemela. Con el tiempo me enteraría de que la diferencia entre ellas consistía en que la mayor tenía una marca de nacimiento y la menor había sufrido un desengaño treinta años antes, con un hombre casado. Como si también eso pudiera marcar.

Miré mi plato y descubrí que me había comido todas las sabrosas magdalenas.

—Su vida ha sido muy difícil —explicó Alice, pero yo no sabía a qué se refería—. La guerra, la muerte de su madre... —Y su voz se ahogó en un sollozo mientras miraba fi-

jamente por los grandes ventanales que daban a un monumento: la victoria de Dewey en el Pacífico.

Les pregunté qué era exactamente lo que padecía Holland. La tía menor se llevó la mano a los labios, como una estatua antigua, y me contó que se trataba de un mal de la sangre, un corazón desviado, que no tenía cura.

—Pues yo lo cuidaré —dije.

—Ya sabemos cómo lo cuidó durante la guerra —señaló Beatrice.

—Sí —respondí con cautela—. Su madre y yo.

Me miró con malicia. Yo estaba en esa edad en que entiendes muchas cosas al revés de como son, entre ellas la de que tus mayores son inocentes y tontos, especialmente las mujeres, unas niñas a quienes debes tratar con cariño y que sólo tú —que, al fin y al cabo, besaste a un soldado que estuvo en la guerra— sabes algo de la vida. Por eso, escuchaba hablar a aquellas mujeres en tono ampuloso, pero en realidad no les prestaba atención.

—Señorita Ash —dijo la tía mayor, y entonces empezó a tutearme—. Pearlie, confiamos en ti. No lo pierdas de vista. Ya sabes que le encantan las emociones, pero eso lo mataría. No me gusta la idea de que vaya a vivir a nuestra casa de las afueras, me intranquiliza, pero imagino que le hará bien estar en un lugar apartado, respirando el aire del océano. No tendrá que ir al centro ni preocuparse por el pasado. Debe bastarle su familia, Pearlie. Debes bastarle tú.

—Desde luego. —Yo ignoraba qué las inquietaba tanto. Me distrajo el camarero, un hombre de color, que se acercaba a nuestra mesa con una servilleta doblada y me sonreía—. No sé nada de problemas del pasado. A nosotros no nos interesan las nimiedades. Él no luchó por esas cosas en la guerra —afirmé, eligiendo las palabras con cuidado; creí que debía mencionar la guerra para contrarrestar aquella idea de debilidad.